

ANDRÉA DEL FUEGO

# LAS MINIATURAS

Traducción Claudia Solans



Fuego, Andréa del  
Las miniaturas / Andrea del Fuego. - 1a  
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Edhasa, 2015.  
120 p.; 22.5 x 14 cm.

Traducción de: Solans, Claudia.  
ISBN 978-987-628-386-1

1. Novela. I. Solans, Claudia, , trad. II. Título.  
CDD A863

Título original: *As miniaturas*

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: octubre de 2015

© Andréa del Fuego, 2013 por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.  
Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany  
© de la traducción Claudia Solans, 2015  
© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-386-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

*Para Artemidoro de Daldis*



*Un elefante puede ser de Ganesh a Dumbo.*  
Rodrigo Fresán



## ONIRO

El Edificio Midoro Filho queda en el Centro.

Mi función es simple y trato directamente con el público. Cuando fui pasante, el servicio era entregar las miniaturas al oniro. En esa época yo podía elegir una entre las diez que quedaban en la gaveta: dinosaurio, libro, escalera, serpiente, calculadora, auto, cerradura, zapato, corneta y abeja. Miniaturas oscuras, con brillo de plástico nuevo.

El oniro me había extendido la mano para probar mi capacidad; entregué la miniatura y él la exhibió en la cara de un sujeto sentado en una silla, boca y ojos cerrados, el globo ocular bailando. Arriesgué la cerradura. En la secuencia, la abeja y la serpiente. Los ojos se fueron calmando, se levantó solo y salió.

Eso había sido una prueba, el oniro me pidió que firmara un papel y me encaminó hacia la sala de al lado, estaba siendo promovido. Hoy soy un oniro, puedo trabajar solo, sin metiches. Sala cuadrada, techo blanco, pared gris, piso de baldosa fría. Cuanto más rápido el servicio, más personas atendemos, y aumenta así la diversidad de miniaturas en la gaveta; significa más letras del alfabeto para trabajar. Es una ventaja, se puede ir más lejos, aunque quedarse en una sola letra también rinde: panadero, paja, pan, prisión, paracaidas, pavo, pez, puente, playa, puerta, puñal, procesión, paloma. Ya insistí mucho con la M: mar, manzana, montaña, monstruo, muro, monje, muleta y moneda.

El Edificio sugiere el sueño usando el propio, así como la gramática usa la palabra para hablar de la frase. Mi sala tiene una mesa estrecha, una silla donde me siento y otra enfrente donde se acomoda el soñante. El tipo abre la puerta sin decir

ni mu; actúan siempre de la misma forma. Un día le pregunté al gerente por qué no acostábamos a los soñantes, ya que sería una posición más confortable. Me respondió que me ocupara de mi parte.

En mi gaveta hay decenas de miniaturas, ellas solas no funcionan, existe el comando de voz, es necesario que yo diga una frase clave. No se elige a quién atender, el Edificio Midoro Filho hace una selección inicial. Se dio que yo atendiera a una madre y a su hijo, por separado, claro. Atendía a la madre una vez por semana, el hijo aparecía siempre.

La primera frase que le dije a la madre fue “casa con tres ventanas”.

—¿Casa de mi abuela? —respondió ella con la pierna estirada, el ojo apretado dentro de la cara.

—Positivo —confirmé.

—¿Entro por la ventana?

—Positivo.

—Por dentro es más grande de lo que parece.

—Positivo.

A cada confirmación, un escalón adelante. El trabajo con esta madre es mínimo. Ya con el hijo necesito hablar más, estoy obligado a indicar todo el guión.

—Un vaso —sugiero.

—¿Eh?

—Mira qué hay en él.

—Nada.

—Coloca un cubito de hielo —indico.

—¿Cubito?

Si el tipo no conoce un cubito, se hace difícil. Por los pasillos se sabe que las enfermedades determinan los mismos trazos en la familia. Uno hereda el tono del otro, una especie de embrión de helecho metido en la tierrita de la cabeza. Entonces es posible que él alcance a la madre en agilidad. A corroborar.

Me acuerdo de cada uno que pasa por esta sala, me consulto en un índice mental. Basta un sustantivo y la información corre por una cinta. Relaciono la frase con la persona, puedo describir los



cuerpos que se sentaron frente a mí. Aunque inmóviles, nadie está detenido, hay una concentración que haría fuego.

No tenemos acceso al historial de cada soñante. Si bien, con alguna observación en sala, haría un largo perfil, pero esto que vemos son rendijitas, nunca un dato es completo.

Hay una biblioteca. Cobija catálogos de miniaturas ya producidas. Todo está ahí, se archivan informaciones salidas de los informes que enviamos a los bibliotecarios. Datos obtenidos por las respuestas de los soñantes a las frases clave dichas por nosotros en sala. Los informes se hacen a partir de ellas y se generan nuevas miniaturas. No es necesario anotar en cuanto el soñante sale de la sala, tenemos memoria amplia. Yo, por ejemplo, lo hago quincenalmente. La biblioteca no posee libros explicativos, es solo un inventario.

Luego que Napoleón Bonaparte murió, se nos permitió ofrecer su imagen a los soñantes. La miniatura era su sombrero. En el caso de una figura colectiva, sus datos no se preservan más; pudimos conocer su informe: una rata, una tetera, un obelisco egipcio. Ya en la mediana edad los datos describían a una pordiosera, la mitad de un pan, un diario con la tinta desgastada, un cobertor fino y una observación: ver sueños de su madre.

Enfrente al Edificio Midoro Filho duerme una pareja, veo desde aquí las piernas de uno sobre el otro, apenas anochece toman un baño en la fuente de la plaza que está desconectada, con agua vieja. De vez en cuando miran hacia acá, parece que van a hablar conmigo, pero al ser espejado el Edificio, lo que están viendo es si va a llover o no por el reflejo de las nubes. Me gusta mirar por la ventana, ver a las personas pasando allá abajo, cruzando la plaza, entrando en la catedral, otras haciendo pipí en el pasto, gente vendiendo un pantalón de jean que encontró en la basura, cuidadores de edificios comiendo maíz cocido.

Nunca me apegué a ningún soñante, hasta que madre e hijo aparecieron. El problema es el parentesco, me quedé intrigado con el cordón entre ellos. Cortar ese vínculo entre los dos fue mi primera voluntad, pero romper la relación no quitaría la semejanza de los rostros. Sexo y edad distintos en dos caras, siendo que una era causa de la otra. Como el Edificio Midoro Filho no permite que

un oniro atiende a dos personas de la misma familia, ser testigo de esa falla me irritó. La última vez que estuve con la madre, perdí la concentración.

–Un reloj –propuse.

–¿Qué tamaño?

–Uno que cubra dos puños.

–¿Es una gorda?

–Una gorda –confirmé.

## MADRE

Anoche soñé con un reloj que tenía animales en el lugar de los números. Se dice que soñamos con lo que necesitamos, para el taxista el reloj manda, cobro por tiempo, es un café antes de nada. No trabajo en una parada, doy vueltas por la ciudad. Es bueno elegir un barrio, a las personas les gusta repetir el mismo taxi, toman confianza. Cuando ven a una mujer con apariencia de cincuenta años, aunque yo tenga muchos menos, creen que voy despacio y lucro con eso. Yo voy despacio. Si piden que corra, yo corro, mientras no haya nadie adelante. Me despierto todos los días antes que Gilsito, cuando el pibe se levanta yo ya hice dos viajes.

De no ser por ese niño de dieciséis años bajo mi falda, me iría por ahí. No es broma el muchacho vagando alrededor de mí. Mientras Ademar no aparece, nos quedamos en suspenso, se va minando el impulso. Para ser sincera, sería bueno ir por la vida sin Ademar.

Cuando mi hijo nació, Ademar entró en la empresa como técnico en electrónica, yo me quedé en casa cuidando a Gilsito. Hasta el otro día él comía macarrones en un cuenco de plástico infantil, podía ser mi marido, en el sentido de la compañía dócil. Pero no lo es, y quiere comer y comprarse zapatillas, salir con un grupo grande, hay uno que vive tan lejos que de vez en cuando duerme aquí. No me gusta, en realidad no me gusta su madre, que no conoce al hijo que parió, deja al chico de quince años dormir lejos de la cuna. Este muchacho también podría ser mi marido, en el sentido de un cuarto con luz apagada y cosas que ocurren.

Ademar, ¿y si le contara a Gilsito que no estás internado en el hospital sin poder recibir visitas? ¿Y si yo le contara que te recupe-

raste y te fuiste? Ni tu madre tiene el valor de decirle la verdad al nieto. Suerte la tuya que Gilsito es obediente y no recibió mi parte de la herencia genética, que hace que se caigan mechadas de cabello cuando te discuten. Hoy fue el último día que dije tu nombre, lo voy a decir una vez más y nunca más: Ademar.

Puse a Gilsito en el colegio técnico de publicidad, va a ser bueno para él. El niño va a trabajar para periódicos, revistas, hacer carteles. Dieciséis años es una buena edad para un hijo, cuando la madre tiene cuarenta y dos. Viví veintiséis años sin él.

Me despierto a las cinco y el chico está soñando, no lo despierto, dejo el café listo y ropa limpia al borde de la cama. Ayer levanté a una señora en el Centro, iba para la avenida Paulista.

—Me voy a quedar en mitad de la avenida, olvidé el número.

—No se preocupe, en medio de la Paulista es fácil.

—¿Usted hace tiempo que es taxista?

—En cuanto mi hijo comenzó a hablar, entré en la plaza.

—Voy a llevarle comida a mi hijo, hace dos años que enterré mi gato en el Trianon, le pagué a un niño para que lo hiciera porque tengo mal la columna. Le puse nombre de hijo al gato, es un hijo más económico y uno ya sabe que va a morir antes, el drama es menor, porque los hijos se mueren, ¿cuánta gente no muere joven? Haga la cuenta. ¿Su hijo ya murió, señora mía? Puede doblar en esta que va bien, este tránsito. Llevo la ración para mi hijo. La dejo al costado del árbol, donde quedó su cuerpo. Creo que todo el mundo tiene que tener a alguien para enterrar y visitar después. Yo maté a mi hijo el día 3 de enero, llovió mucho. Le di veneno, tuvo convulsiones, le tiré una maleta pesada encima para acelerar el proceso. Sufrir no puede, pero morir es normal. Tiene cierta frescura morir ahora, es derrota, es fracaso.

—¿Aquí está bien?

—Dé usted la vuelta, quiero quedar justo en la puerta, no quiero cruzar la avenida.

Después que ella bajó, subió un señor de chaqueta apretada, pidió que lo dejara en el correo de la Villa Mariana. Miré por el retrovisor, lloraba despacito. Un hombre grande, aplastado en la ropa estrecha.

—¿Acepta usted un pañuelo?

—Por favor.

Tomé un pañuelo de la guantera y estiré el brazo hacia atrás. El semáforo se puso en rojo muy cerca del destino. El auto es de cuatro puertas, el pasajero abrió la puerta y se fue, sin pagar, hablar, agradecer. De vez en cuando me llevo esos sustos. Sin problema, al final del día Gilsito tiene su comida lista que llevo del supermercado. Hace días que llego y él ya está en la cama como un viejo, entro en el baño, dejo que el agua caliente se lleve el día. Estoy pensando en vender gaseosas y cervezas dentro del taxi. Pongo un telgopor con hielo y unas latitas, ¿quién no va a aceptar? Comida es complicado, porque puede vencer y el pasajero pasarla mal, hay pasajeros que anotan la placa del taxi. Un día subió un tipo y enseguida fue diciendo la mía.

—Desde ya le digo que es para que el conductor sepa que puedo denunciarlo si hace alguna picardía.

No dije nada pero, en este caso, un taxista curtido lo mataría y la denuncia ya no habría denuncia. El problema sería dónde colocar el cuerpo del pasajero. Si fuera conmigo, creo que yo lo acuchillaría de lado, él parecería atontado, entraría en el estacionamiento de un shopping, acostaría el cuerpo en el asiento de atrás. Nosotros tenemos que tener siempre una toalla en el baúl. Después lo dejaría en el Trianon, cerca del hijo de la vieja. Buena. Sería mejor descuartizar al pasajero, pero ahí no tengo valor, tendría que llamar a alguien para terminarlo. Hay un carnicero cerca de casa que usa cordón de umbanda, oye música clásica y tiene una Nuestra Señora encima de la heladera. La carnicería está más limpia que un hospital, ese es alguien al que yo llamaría.

Nunca tuve una multa de tránsito, ando por la línea, disciplinada. Mi auto tiene la licencia, tengo los documentos correctos. Soy la segunda conductora registrada en la licencia, el primero es el padre de Gilsito. La licencia es concedida por la Prefectura, pero él la compró por una fortuna, quien se la vendió fue un primo suyo que atropelló a una chica y desistió del volante. La licencia permite que yo trabaje en una parada en el mejor domicilio de la ciudad, en el Centro. Pero no me quedo, no me gusta quedarme en fila de

autos, siempre que es mi turno el pasajero quiere un taxi para llegar hasta el metro más próximo. Cuando le toca al conductor de atrás ese viaje es para regiones distantes, trechos grandes. En la parada no tengo suerte, entonces doy vueltas hasta el anochecer.

Conozco a muchas esposas de cincuentones que se turnan con el marido en el taxi, la mujer lava la parada de mañana, pone una maceta, pasa la franela en el asiento, alcohol en el teléfono, estira la tapa de la guía de calles, solo le falta cortarle las uñas al tipo. Mi negocio es circular. Tengo buen olfato para levantar pasajeros con prisa, ellos se olvidan cosas. Tengo un cofre pesado con las monedas que encuentro en la alfombra. Paquetes de cigarrillos, horquillas. Carpetas con documentos, billeteras; las devuelvo, pero antes miro los documentos para saber quién es la persona. Un día devolví los documentos del dueño de una pizzería, llegué a casa con una de calabresa y otra de queso y cebolla. Gilsito necesita encontrar un camino así, con el público, trabajar con gente, pero no por mucho tiempo con cada uno, sino por el tiempo de un viaje. Los cursos de propaganda están caros y hasta que él consiga un trabajo va a demorar. A no ser que yo lo lleve conmigo en el taxi para ir haciendo contacto con algún cliente promisorio. Rechazarían el taxi creyendo que es una banda.

—Buen día, señora, ¿es usted del área de propaganda? Este es mi hijo, un empleo para él o dejo a madame en la frontera de la ciudad.

Voy a conseguir un trabajo para Gilsito. A él le gusta la mecánica, entiende lo que ocurre en la panza de los autos. Tiene que ver con el sueño, voy a vender el tiempo de Gilsito, el dinero será convertido por él mismo para el propio estudio.

—Gilsito, ¿viste la gasolinera de la Brigadeiro? Están necesitan- do despachador.